

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

Benedicto XVI

Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Razonabilidad de la fe en Dios

21 de noviembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Avanzamos en este Año de la fe llevando en nuestro corazón la esperanza de redescubrir cuánta alegría hay en creer y de volver a encontrar el entusiasmo de comunicar a todos las verdades de la fe. Estas verdades no son un simple mensaje sobre Dios, una información particular sobre Él; expresan el acontecimiento del encuentro de Dios con los hombres, encuentro salvífico y liberador que realiza las aspiraciones más profundas del hombre, sus anhelos de paz, de fraternidad, de amor. La fe lleva a descubrir que el encuentro con Dios valoriza, perfecciona y eleva cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en el hombre. Y así es como, mientras Dios se revela y se deja conocer, el hombre llega a saber quién es Dios; y conociéndole, se descubre a sí mismo, su propio origen, su destino, la grandeza y la dignidad de la vida humana.

La fe permite un saber auténtico sobre Dios que involucra a toda la persona: es un "saber", esto es, un conocer que da sabor a la vida, un gusto nuevo por existir, un modo alegre de estar en el mundo. La fe se expresa en el don de sí por los demás, en la fraternidad que hace solidarios, capaces de amar, venciendo la soledad que entristece. Por ello, este conocimiento de Dios a través de la fe no es solo intelectual, sino también vital. Es el conocimiento de Dios-Amor, gracias a su mismo amor. El amor de Dios, además, hace ver, abre los ojos, permite conocer toda la realidad, más allá de las estrechas perspectivas del individualismo y del subjetivismo que desorientan las conciencias. El conocimiento de Dios es, por ello, experiencia de fe, e implica, al mismo tiempo, un camino intelectual y moral: alcanzados en lo más profundo por la presencia del Espíritu de Jesús en nosotros, superamos los horizontes de nuestros egoísmos y nos abrimos a los verdaderos valores de la existencia.

En la catequesis de hoy, quisiera detenerme en la razonabilidad de la fe en Dios. La tradición católica, desde el inicio, ha rechazado el llamado fideísmo, que es la voluntad de creer contra la razón. *Credo quia absurdum* ('creo porque es absurdo') no es fórmula que interprete la fe católica. Dios, en efecto, no es absurdo, sino que es misterio. El misterio, a su vez, no es irracional, sino sobreabundancia de sentido, de significado, de verdad. Si, contemplando el misterio, la razón ve oscuridad, no es porque en el misterio no haya luz, sino más bien porque hay demasiada. Es como cuando los ojos del hombre se dirigen directamente al sol para mirarlo: solo ven tinieblas, pero ¿quién diría que el sol no brilla o, más aún, que no es la fuente de la luz? La fe permite contemplar el "sol", a Dios, porque es acogida de su revelación en la historia y, por decirlo así, recibe verdaderamente toda la luminosidad del misterio de Dios, reconociendo el gran milagro: Dios se ha acercado al hombre, se ha ofrecido a su conocimiento, condescendiendo con las limitaciones de su razón en cuanto criatura (cf. Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 13). Al mismo tiempo, Dios, con su gracia, ilumina la razón y le abre horizontes nuevos, inconmensurables e infinitos. Por eso, la fe constituye un estímulo a buscar siempre, a no detenerse nunca y a no conformarse jamás en la búsqueda inagotable de la verdad y de la realidad. Es falso el prejuicio de ciertos pensadores modernos, según los cuales la razón humana estaría como bloqueada por los dogmas de la fe.

Es verdad exactamente lo contrario, como han demostrado los grandes maestros de la tradición católica. San Agustín, antes de su conversión, busca con gran inquietud la verdad a través de todas las filosofías disponibles, hallándolas todas insatisfactorias. Su fatigosa búsqueda racional es para él una pedagogía significativa para el encuentro con la Verdad de Cristo. Cuando dice: «*comprende para creer y cree para comprender*» (*Discurso 43, 9: PL 38, 258*), es como si relatara su propia experiencia de vida.

Intelecto y fe no son extraños o antagonistas ante la Revelación divina, sino que ambos son condición para comprender su sentido, para recibir su mensaje auténtico, acercándose al umbral del misterio. San Agustín, junto a muchos otros autores cristianos, es testigo de una fe que se ejercita con la razón, que piensa e invita a pensar. En esta línea, san Anselmo dirá en su *Proslogion* que la fe católica es *fides quaerens intellectum*, donde buscar la inteligencia es acto interior al creer. Será sobre todo santo Tomás de Aquino —fuerte en esta tradición— quien se confronte con la razón de los filósofos, mostrando cuánta nueva y fecunda vitalidad racional deriva hacia el pensamiento humano desde la unión con los principios y verdades de la fe cristiana.

La fe católica es, por lo tanto, razonable, y nutre confianza también en la razón humana. El Concilio Vaticano I, en la Constitución Dogmática *Dei Filius*, afirmó que la razón es capaz de conocer con certeza la existencia de Dios a través de la vía de la creación, mientras que solo a la fe le pertenece la posibilidad de conocer «*fácilmente, con absoluta certeza y sin error*» (DS, 3005) las verdades referidas a Dios, a la luz de la gracia. El conocimiento de la fe, además, no está contra la recta razón. El beato Juan Pablo II, en efecto, sintetiza en la Encíclica *Fides et ratio*: «*La razón del hombre no queda anulada ni se envilece dando su asentimiento a los contenidos de la fe, que en todo caso se alcanzan mediante una opción libre y consciente*» (n. 43). En el irresistible deseo de verdad, solo una relación armónica entre fe y razón es el camino justo que conduce a Dios y a la plena realización de la persona.

Esta doctrina es fácilmente reconocible en todo el Nuevo Testamento. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corintio, sostiene, como hemos oído: «*Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles*» (1Co 1,22-23). Y es que Dios salvó al mundo, no con un acto de poder, sino mediante la humillación de su Hijo unigénito: según los parámetros humanos, la insólita modalidad utilizada por Dios choca con las exigencias de la sabiduría griega. Con todo, la Cruz de Cristo tiene su razón, que san Pablo llama «*ho logos tou staurou*», ‘la palabra de la cruz’ (1Co 1,18). Aquí el término “logos” indica tanto la palabra como la razón, y si alude a la palabra es porque expresa verbalmente lo que la razón elabora. Así que Pablo ve en la cruz, no un acontecimiento irracional, sino un hecho salvífico que posee una razonabilidad propia y reconocible a la luz de la fe. Al mismo tiempo, él tiene mucha confianza en la razón humana, hasta el punto de sorprenderse por el hecho de que muchos, aun viendo las obras realizadas por Dios, se obstinen en no creer en Él. Dice en la Carta a los Romanos: «*Lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo y a través de sus obras*» (Rm 1,20). Así, también san Pedro exhorta a los cristianos de la diáspora a glorificar «*a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza*» (1P 3,15). En un clima de persecución y de fuerte exigencia de testimonio de la fe, a los creyentes se les pide que justifiquen con motivaciones fundadas su adhesión a la palabra del Evangelio, que den razón de su esperanza.

Sobre estas premisas acerca del nexo fecundo entre comprender y creer se funda también la relación virtuosa entre ciencia y fe. La investigación científica lleva al conocimiento de verdades siempre nuevas sobre el hombre y sobre el cosmos, como vemos. El verdadero bien de la humanidad, accesible por la fe, abre el horizonte en el que se debe mover su camino de descubrimiento. Por lo tanto, hay que alentar, por ejemplo, las investigaciones puestas al servicio de la vida y orientadas a vencer las enfermedades. Son importantes también las indagaciones dirigidas a descubrir los secretos de nuestro planeta y del universo, sabiendo que el hombre está en el vértice de la creación, no para explotarla insensatamente, sino para custodiarla y hacerla habitable. De tal forma, la fe, vivida realmente, no entra en conflicto con la ciencia; más bien coopera con ella ofreciendo criterios de base para que promueva el bien de todos, pidiéndole que renuncie solo a los intentos que —oponiéndose al proyecto originario de Dios— pueden producir efectos que se vuelvan contra el hombre mismo. También por eso es razonable creer: si la ciencia es una preciosa aliada de la fe para la comprensión del plan de Dios en el universo, la fe permite al progreso científico que se lleve a cabo siempre por el bien y la verdad del hombre, permaneciendo fiel a dicho plan.

He aquí por qué es decisivo para el hombre abrirse a la fe, y conocer a Dios y su proyecto de salvación en Jesucristo. En el Evangelio se inaugura un nuevo humanismo, una auténtica “gramática” del hombre y de toda la realidad. Afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «*La verdad de Dios es su sabiduría, que*

rige todo el orden de la creación y del gobierno del mundo. Dios, único Creador del cielo y de la tierra (cf. Sal 115,15), es el único que puede dar el conocimiento verdadero de todas las cosas creadas en su relación con Él» (n. 216).

Confiemos, pues, en que nuestro empeño en la evangelización ayude a devolver la centralidad al Evangelio en la vida de tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y oremos para que todos vuelvan a encontrar en Cristo el sentido de la existencia y el fundamento de la verdadera libertad: sin Dios, el hombre se extravía. Los testimonios de cuantos nos han precedido y han dedicado su vida al Evangelio lo confirman para siempre. Es razonable creer; está en juego nuestra existencia. Vale la pena gastarse por Cristo; solo Él satisface los deseos de verdad y de bien enraizados en el alma de cada hombre: ahora, en el tiempo que estamos viviendo, y el día sin fin de la Eternidad bienaventurada.

(Llamamiento ante el agravamiento de la violencia entre israelíes y palestinos de la franja de Gaza y saludo a los peregrinos de lengua española)

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI
Catequesis

AUDIENCIA GENERAL - AÑO DE LA FE 2012-2013

Razonabilidad de la fe en Dios

21 de noviembre de 2012

Queridos hermanos y hermanas:

Avanzamos en este Año de la fe llevando en nuestro corazón la esperanza de redescubrir cuánta alegría hay en creer y de volver a encontrar el entusiasmo de comunicar a todos las verdades de la fe. Estas verdades no son un simple mensaje sobre Dios, una información particular sobre Él; expresan el acontecimiento del encuentro de Dios con los hombres, encuentro salvífico y liberador que realiza las aspiraciones más profundas del hombre, sus anhelos de paz, de fraternidad, de amor. La fe lleva a descubrir que el encuentro con Dios valoriza, perfecciona y eleva cuanto hay de verdadero, de bueno y de bello en el hombre. Y así es como, mientras Dios se revela y se deja conocer, el hombre llega a saber quién es Dios; y conociéndole, se descubre a sí mismo, su propio origen, su destino, la grandeza y la dignidad de la vida humana.

La fe permite un saber auténtico sobre Dios que involucra a toda la persona: es un "saber", esto es, un conocer que da sabor a la vida, un gusto nuevo por existir, un modo alegre de estar en el mundo. La fe se expresa en el don de sí por los demás, en la fraternidad que hace solidarios, capaces de amar, venciendo la soledad que entristece. Por ello, este conocimiento de Dios a través de la fe no es solo intelectual, sino también vital. Es el conocimiento de Dios-Amor, gracias a su mismo amor. El amor de Dios, además, hace ver, abre los ojos, permite conocer toda la realidad, más allá de las estrechas perspectivas del individualismo y del subjetivismo que desorientan las conciencias. El conocimiento de Dios es, por ello, experiencia de fe, e implica, al mismo tiempo, un camino intelectual y moral: alcanzados en lo más profundo por la presencia del Espíritu de Jesús en nosotros, superamos los horizontes de nuestros egoísmos y nos abrimos a los verdaderos valores de la existencia.

En la catequesis de hoy, quisiera detenerme en la razonabilidad de la fe en Dios. La tradición católica, desde el inicio, ha rechazado el llamado fideísmo, que es la voluntad de creer contra la razón. *Credo quia absurdum* ('creo porque es absurdo') no es fórmula que interprete la fe católica. Dios, en efecto, no es absurdo, sino que es misterio. El misterio, a su vez, no es irracional, sino sobreabundancia de sentido, de significado, de verdad. Si, contemplando el misterio, la razón ve oscuridad, no es porque en el misterio no haya luz, sino más bien porque hay demasiada. Es como cuando los ojos del hombre se dirigen directamente al sol para mirarlo: solo ven tinieblas, pero ¿quién diría que el sol no brilla o, más aún, que no es la fuente de la luz? La fe permite contemplar el "sol", a Dios, porque es acogida de su revelación en la historia y, por decirlo así, recibe verdaderamente toda la luminosidad del misterio de Dios, reconociendo el gran milagro: Dios se ha acercado al hombre, se ha ofrecido a su conocimiento, condescendiendo con las limitaciones de su razón en cuanto criatura (cf. Concilio Vaticano II, Constitución Dogmática *Dei Verbum*, 13). Al mismo tiempo, Dios, con su gracia, ilumina la razón y le abre horizontes nuevos, inconmensurables e infinitos. Por eso, la fe constituye un estímulo a buscar siempre, a no detenerse nunca y a no conformarse jamás en la búsqueda inagotable de la verdad y de la realidad. Es falso el prejuicio de ciertos pensadores modernos, según los cuales la razón humana estaría como bloqueada por los dogmas de la fe.

Es verdad exactamente lo contrario, como han demostrado los grandes maestros de la tradición católica. San Agustín, antes de su conversión, busca con gran inquietud la verdad a través de todas las filosofías disponibles, hallándolas todas insatisfactorias. Su fatigosa búsqueda racional es para él una pedagogía significativa para el encuentro con la Verdad de Cristo. Cuando dice: «*comprende para creer y cree para comprender*» (*Discurso 43, 9: PL 38, 258*), es como si relatara su propia experiencia de vida. Intelecto y fe no son extraños o antagonistas ante la Revelación divina, sino que ambos son condición para comprender su sentido, para recibir su mensaje auténtico, acercándose al umbral del misterio. San Agustín, junto a muchos otros autores cristianos, es testigo de una fe que se ejercita con la razón, que piensa e invita a pensar. En esta línea, san Anselmo dirá en su *Proslogion* que la fe católica es *fides quaerens intellectum*, donde buscar la inteligencia es acto interior al creer. Será sobre todo santo Tomás de Aquino —fuerte en esta tradición— quien se confronte con la razón de los filósofos, mostrando cuánta nueva y fecunda vitalidad racional deriva hacia el pensamiento humano desde la unión con los principios y verdades de la fe cristiana.

La fe católica es, por lo tanto, razonable, y nutre confianza también en la razón humana. El Concilio Vaticano I, en la Constitución Dogmática *Dei Filius*, afirmó que la razón es capaz de conocer con certeza la existencia de Dios a través de la vía de la creación, mientras que solo a la fe le pertenece la posibilidad

de conocer «*fácilmente, con absoluta certeza y sin error*» (DS, 3005) las verdades referidas a Dios, a la luz de la gracia. El conocimiento de la fe, además, no está contra la recta razón. El beato Juan Pablo II, en efecto, sintetiza en la Encíclica *Fides et ratio*: «*La razón del hombre no queda anulada ni se envilece dando su asentimiento a los contenidos de la fe, que en todo caso se alcanzan mediante una opción libre y consciente*» (n. 43). En el irresistible deseo de verdad, solo una relación armónica entre fe y razón es el camino justo que conduce a Dios y a la plena realización de la persona.

Esta doctrina es fácilmente reconocible en todo el Nuevo Testamento. San Pablo, escribiendo a los cristianos de Corintio, sostiene, como hemos oído: «*Los judíos exigen signos, los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los gentiles*» (1Co 1,22-23). Y es que Dios salvó al mundo, no con un acto de poder, sino mediante la humillación de su Hijo unigénito: según los parámetros humanos, la insólita modalidad utilizada por Dios choca con las exigencias de la sabiduría griega. Con todo, la Cruz de Cristo tiene su razón, que san Pablo llama «*ho logos tou staurou*», ‘la palabra de la cruz’ (1Co 1,18). Aquí el término “logos” indica tanto la palabra como la razón, y si alude a la palabra es porque expresa verbalmente lo que la razón elabora. Así que Pablo ve en la cruz, no un acontecimiento irracional, sino un hecho salvífico que posee una razonabilidad propia y reconocible a la luz de la fe. Al mismo tiempo, él tiene mucha confianza en la razón humana, hasta el punto de sorprenderse por el hecho de que muchos, aun viendo las obras realizadas por Dios, se obstinen en no creer en Él. Dice en la Carta a los Romanos: «*Lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad, son perceptibles para la inteligencia a partir de la creación del mundo y a través de sus obras*» (Rm 1,20). Así, también san Pedro exhorta a los cristianos de la diáspora a glorificar «*a Cristo el Señor en vuestros corazones, dispuestos siempre para dar explicación a todo el que os pida una razón de vuestra esperanza*» (1P 3,15). En un clima de persecución y de fuerte exigencia de testimonio de la fe, a los creyentes se les pide que justifiquen con motivaciones fundadas su adhesión a la palabra del Evangelio, que den razón de su esperanza.

Sobre estas premisas acerca del nexo fecundo entre comprender y creer se funda también la relación virtuosa entre ciencia y fe. La investigación científica lleva al conocimiento de verdades siempre nuevas sobre el hombre y sobre el cosmos, como vemos. El verdadero bien de la humanidad, accesible por la fe, abre el horizonte en el que se debe mover su camino de descubrimiento. Por lo tanto, hay que alentar, por ejemplo, las investigaciones puestas al servicio de la vida y orientadas a vencer las enfermedades. Son importantes también las indagaciones dirigidas a descubrir los secretos de nuestro planeta y del universo, sabiendo que el hombre está en el vértice de la creación, no para explotarla insensatamente, sino para custodiarla y hacerla habitable. De tal forma, la fe, vivida realmente, no entra en conflicto con la ciencia; más bien coopera con ella ofreciendo criterios de base para que promueva el bien de todos, pidiéndole que renuncie solo a los intentos que —oponiéndose al proyecto originario de Dios— pueden producir efectos que se vuelvan contra el hombre mismo. También por eso es razonable creer: si la ciencia es una preciosa aliada de la fe para la comprensión del plan de Dios en el universo, la fe permite al progreso científico que se lleve a cabo siempre por el bien y la verdad del hombre, permaneciendo fiel a dicho plan.

He aquí por qué es decisivo para el hombre abrirse a la fe, y conocer a Dios y su proyecto de salvación en Jesucristo. En el Evangelio se inaugura un nuevo humanismo, una auténtica “gramática” del hombre y de toda la realidad. Afirma el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «*La verdad de Dios es su sabiduría, que rige todo el orden de la creación y del gobierno del mundo. Dios, único Creador del cielo y de la tierra (cf. Sal 115,15), es el único que puede dar el conocimiento verdadero de todas las cosas creadas en su relación con Él*» (n. 216).

Confiemos, pues, en que nuestro empeño en la evangelización ayude a devolver la centralidad al Evangelio en la vida de tantos hombres y mujeres de nuestro tiempo. Y oremos para que todos vuelvan a encontrar en Cristo el sentido de la existencia y el fundamento de la verdadera libertad: sin Dios, el hombre se extravía. Los testimonios de cuantos nos han precedido y han dedicado su vida al Evangelio lo confirman para siempre. Es razonable creer; está en juego nuestra existencia. Vale la pena gastarse por Cristo; solo Él satisface los deseos de verdad y de bien enraizados en el alma de cada hombre: ahora, en el tiempo que estamos viviendo, y el día sin fin de la Eternidad bienaventurada.

(Llamamiento ante el agravamiento de la violencia entre israelíes y palestinos de la franja de Gaza y saludo a los peregrinos de lengua española)